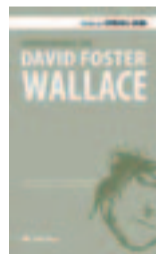


Viene de la página anterior

a Kierkegaard en la penumbra del salón, con las persianas bajadas para mantener a raya el sol italiano. De pronto Leverkühn siente una inexplicable oleada de frío, como si fuera invierno y se hubiera abierto una ventana. Al levantar la vista, ve a un hombrecillo sentado en el sofá con las piernas cruzadas. Viste una gorra deportiva, pantalones estrechos y una chaqueta a cuadros sobre una camisa de punto. ¿Fue también de esta guisa como lo “vio” en su día Thomas Mann? El caso es que el diablillo le exige a Adrian Leverkühn que renuncie al amor a cambio de su obra. “Te queremos frío –le dice–, tan frío que las llamas de tu producción apenas basten para calentarte. Pero será en ellas donde te refugiarás para huir de la gélida de tu vida”.

Entre las gloria alemanas que tuvieron ‘tratos’ con el demonio se encuentra también Thomas Mann, que se lo ‘cruzó’ en un albergue italiano

Ya ven, a diferencia de los infiernos medievales, con sus llamas y calderos, en nuestro mundo contemporáneo los infiernos son fríos y sus diablos se nos aparecen vestidos de calle. Hace unos meses vi un documental sobre un supuesto exorcismo practicado recientemente en algún lugar de la América profunda. Era una de esas casas con porche y jardín en las que el diablo se les aparecía a todos los miembros de una familia. La mujer incluso aseguró haber vislumbrado el infierno, al que describía como un lugar oscuro y frío, impregnado de una terrible desesperanza. Me llamó la atención que aquella criatura a la que la familia identificaba con el diablo no fuera un bicho peludo, sino un señor vestido de traje y corbata. El diablo de hoy lleva el uniforme del poder anónimo, de los políticos y de los banqueros. Aunque haya cambiado de apariencia, el diablo sigue siendo la encarnación de nuestros temores más profundos.



Conversaciones con David Foster Wallace

STEPHEN J. BURN

Pálido Fuego

Ampara esos laureles

Veinte entrevistas con David Foster Wallace

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

El 12 de septiembre de 2008, a los 46 años, David Foster Wallace se ahorca en su casa de California. Muere el hombre y nace el mito. El talento vivo da paso al genio interpretado, la obra se convierte en archivo, la biografía flirtea desde entonces con la hagiografía. Vanguardia de una generación de escritores no necesariamente constreñidos al ámbito norteamericano, Wallace ocupa un lugar ineludible a la hora de evaluar el sentido y objeto de la literatura contemporánea, pues a pesar de su prematura muerte deja una obra lo bastante decisiva como para afirmar que su nombre, como el de unos pocos de sus mayores (Barth, Gaddis, Pynchon), es ya patrimonio de las letras estadounidenses y, por extensión, de la literatura universal.

Conversaciones con David Foster Wallace es un libro importante por dos motivos: primero, porque en él Wallace reflexiona con singular agudeza acerca de su relación con la literatura; segundo, porque en él se insinúan claves que ayudan a comprender los motivos de su suicidio. De las veinte entrevistas seleccionadas por el editor, Stephen J. Burn, a las que se añade una semblanza de David Lipsky redactada tras la muerte del escritor, emana una evidencia: Wallace fue un genio, palabra de la que a menudo se abusa, pero que en el caso del autor de *El rey pálido* no es hipérbolo ni retórica, sino descripción fidedigna de una inteligencia privilegiada, que no se vio acompañada por una voluntad a la altura con la que poder enfrentarse a las inclemencias del mundo. Es una historia vieja como el dolor: el matrimonio entre el fulgor y la fragilidad.

Así, resulta que el hombre capaz de reinventar el arte de la no ficción con su visita al Festival de la Langosta de Maine, a un crucero de pensionistas por el Caribe o al rodaje de una película de David Lynch, el novelista empeñado en levantar abrumadoras summas sobre la búsqueda de una abuela experta en Wittgenstein (¡sic!),

una academia de tenis en un mundo regido por calendarios comerciales (¡¡sic!!) o la Hacienda americana como epítome del tedio (¡¡¡sic!!!), el mismo que llevó el arte del relato hasta cumbres como *El alma no es una forja* o *Encarnaciones de niños quemados*, fue un titán de la literatura y un espíritu en perpetua fractura, una dialéctica transparente si leemos una declaración como la que sigue, en su entrevista con Larry McCaffery de 1993: “Tengo la profunda sospecha de que gran parte del propósito de la narrativa consiste en agravar esa sensación de encierro y soledad y muerte, para inducir a la gente a afrontarla, puesto que cualquier posible salvación humana requiere antes que nos enfrentemos a lo que nos resulta espantoso, a lo que queremos negar”. Quince años después de esta conversación, la literatura ya no bastó a Wallace para afrontar el “encierro y soledad y muerte” que somos. Por fortuna para sus contemporáneos, su obra, que se agiganta con el paso del tiempo, permanece inmune al balanceo de las horcas.



LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

El precio de negarse a dar alas a la basura

Penúltima hasta ahora de las novelas de Laurence Cossé (1950), *La buena novela* comparte un rasgo nuclear con el conjunto de las narraciones de esta autora francesa: la crítica del poder. En este caso se trata del poder mediático-comercial, que ha vuelto tierra baldía buena parte del espacio de las librerías. Llámelo literatura industrial o, si son más groseros, basura sin más. El lector que se acerque a la contraportada sabrá que *La buena novela* (*Au bon roman*) es una elitista librería parisiense que solo ofrece al cliente obras de primera calidad seleccionadas por un grupo de “sabios”. La iniciativa desencadena pasiones, envidias y una intriga basada en un misterio literario que incluye amor, bibliofilia y muerte. Sin embargo, estas cuestiones no serán conocidas por el lector hasta alcanzar la página 70, ya que hasta ese momento se irán disponiendo ante sus ojos las piezas de un apasionante rompecabezas, edificado con una precisa escritura, riquísima en matices, sentido del humor y todo tipo de juegos metaliterarios. Mayor.



La buena novela

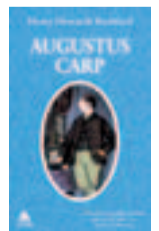
LAURENCE COSSÉ

Traducción Isabel González-Gallarza
Impedimenta
422 páginas
23,95 euros

Lucidez vitriólica para una España en ruinas

Algunos de los rasgos que Robin –en realidad la dibujante Marjorie Blood– atribuye a August Carp en las sugerentes ilustraciones de este volumen dan a entender que el protagonista de la novela homónima es un perfecto imbécil. El labio y la mandíbula inferiores, por ejemplo. Otros rasgos, sin embargo, pueden originar el principio de un escalofrío. Véanse nariz y ojos.

En realidad, August Carp es el perfecto hipócrita moralista, aunque quede a criterio del lector determinar si él mismo es o no consciente de ello. Plenamente involucrado en el mundo eclesial, su vida y pasión es la denuncia de todos los vicios y defectos ajenos. Eso sí, tal vez para hacer buena la crítica de Cristo sobre vigas y pajas, calla como un ahogado sobre los suyos propios. El médico Henry Howarth Bashford (1880-1961), que lo fue de Jorge VI, publicó de forma anónima esta divertidísima y feroz sátira en 1924. Menos de un siglo después, figura con todos los honores entre las cien novelas inglesas del siglo XX que no se deben dejar de leer.



Augustus Carp

HENRY H. BASHFORD

Trad. de C. Casanova,
Ático de los Libros, 236 págs
17,50 euros